



ARKHAM  
HORROR



“MÁSCARA  
de PLATA”

ROSEMARY  
JONES

minotauro

ARKHAM HORROR

MÁSCARA  
*de* PLATA

ROSEMARY JONES

minotauro

Título: *Máscara de Plata*

Copyright © 2022 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.  
Arkham Horror y el logotipo de FFG son marcas comerciales  
de Asmodee Group y / o sus afiliados.

Versión original inglesa publicada en 2020 por Aconyte Books  
Título original: *Mask of Silver*  
Ilustración de la cubierta: Daniel Strange

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
© 2022 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

© Traducción: Laura Vázquez

Edición revisada por: Eduard Roca

ISBN: 978-84-450-1159-1

Depósito legal: B. 9.285-2021

Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestro boletín de novedades en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Web: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Blog: <https://www.planetadelibros.com/blog/planeta-fantasy/16>

Facebook/Instagram/Youtube: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

## CAPÍTULO UNO

Aún tengo sueños por las noches. No son tantos, ni tan violentos; pero las sombras siguen ahí, teñidas de fuego y plata. Son sueños de una máscara que desearía no haber creado. Madrugo demasiado, abro las ventanas de par en par e inspiro la brisa salada del Pacífico. Sin embargo, en mis sueños respiro humo y algo más, algo que no forma parte de este mundo: el aroma de una sombra, el perfume de la muerte que se adhiere a mí incluso despierta. A veces, por el rabillo del ojo, capto una sombra en la pared o entreveo un rostro encapuchado, pero, cuando me giro para plantarle cara, no hay nada.

Eleanor dijo que escribir nuestra historia haría que los sueños se desvanecieran. Sin embargo, en su última carta afirmaba que aún se despertaba con visiones de Lulu en el ataúd. Así que no estoy segura de si escribir esto servirá para algo, pero lo intentaré. Lo haré por el bien de los que no pudieron escapar de la máscara que creé.

Todo comenzó en una fiesta, como casi todas las peores ideas de Sydney. Quizá porque estábamos cansados, y debo admitir que algo borrachos, nos pareció una buena idea. Las propuestas de Sydney siempre parecían buenas ideas hasta que dejaban de serlo. Hasta que la gente salía herida. Hasta que la gente moría en Arkham.

Al principio, aquella noche de finales de mayo en California, estábamos disfrutando de una fiesta de «Ya están aquí las críticas», el tipo de festejo que siempre celebrábamos en el precioso apartamento ajardinado de Renee. Las puertas francesas estaban abiertas hacia el patio para que las

parejas pudieran entrar y salir con libertad. Las ventanas de par en par también evitaban que lo peor del humo de los cigarros y el whisky abrumase a las flores frescas que decoraban los jarrones McCoy colocados sobre el mantel. Para aquella noche de sábado habíamos mezclado flores de azahar tardías con jazmín. La gente siempre esperaba encontrar rosas rojas, pero Renee las odiaba. Decía que eran un cliché para las mujeres morenas, pero permitía las rosas blancas en invierno cuando no podíamos conseguir nada más. Más adelante, después de lo de Arkham, las flores de invernadero comenzaron a oler a funeral y los jarrones se quedaron vacíos.

Como siempre, Sydney nos hizo esperar varios días antes de celebrar la fiesta. Quería que todas las críticas se leyeran en voz alta, incluso las enviadas con urgencia desde Nueva York, Boston y Chicago, lo que significaba que Max, el asistente de Sydney, había conducido hasta la estación de tren y sobornado a uno o dos botones para que le entregaran el correo del estudio. En cuanto Max consiguió todos los recortes posibles y Sydney los leyó en secreto en su apartamento, pudo celebrarse la fiesta en casa de Renee.

Creo recordar que hasta bien entrada la medianoche Sydney no se puso a hablar de la siguiente película. Max se apoyó contra la librería de roble a mis espaldas, donde Renee escondía el querido whisky de contrabando de su asistente. Ocultaba las botellas en las obras huecas de Walter Scott. Me senté en esa esquina, cuidadosamente embutida en mi sillón de cuero con un bloc de dibujo y una idea para un vestido que recordase a una estrella fugaz.

Renee y Sydney ocupaban su sitio habitual en el centro de la sala. Ella estaba reclinada sobre su *chaise longue*, el que llamábamos «el sofá desmayo de María Antonieta». Habíamos encontrado su estructura en una adorable tiendecita de segunda mano de Pasadena, y yo lo había recubierto con los restos de algunos disfraces de la Revolución francesa. Por supuesto, Renee no había hecho el papel de reina, sino que había recibido grandes críticas por encarnar a la pitonisa parisina que había maldecido a María y a toda su corte después de que su único hijo fuera atropellado por un carruaje real. Sydney adoró a Renee en ese papel, que la llevó a protagonizar su primera película de terror. Le gustaba decir que la reina se había sacrificado por su carrera. Lo que está claro es que sacrificamos un vestido o dos para tapizarlo.

Mientras Renee se reclinaba ataviada con un sencillo vestidito de

seda que dejaba a la vista un hombro desnudo y que le había confeccionado para su aparición como *flapper* en una comedia reciente, Sydney se sentaba erguido en el otro extremo del *chaise longue*. Como siempre, sujetaba una boquilla de marfil con un cigarrillo sin encender en la comisura de la boca. Su pelo estaba impregnado de pomada, cuyo brillo hacía que la luz de la lámpara pareciese resplandecer alrededor de su cabeza. Siempre daba la impresión de que todas las luces apuntaban a Sydney, incluso cuando estaba lejos de los focos, gritándonos que nos centráramos en la escena.

El resto de los actores estaban ocupados bebiéndose todos nuestros suministros y algunas botellas sueltas que alguien había traído de otra fiesta, mientras el equipo entraba y salía del comedor en busca de algo sustancioso que llevarse a la boca. Pero todo el mundo estaba pendiente de las palabras de Sydney, atento a cada uno de sus comentarios.

—Escuchad esto —clamó, apartando la boquilla de los labios y señalando la página extendida sobre la mesa baja de Renee—. «La última película de terror de “El artista” es maravillosa y, probablemente, inadecuada para su exhibición pública».

—¿Es el *Times*? —preguntó Max.

—No, el *Variety*.

Sydney estaba muy contento. Adoraba su apodo, «El artista que debía conocerse», y contribuía a la leyenda llevando a los estrenos su sombrero de copa, su frac y su capa carmesí. Renee siempre se burlaba de él diciendo que le hacía parecer el maestro de ceremonias de un circo de mala muerte, a lo que él siempre replicaba: «Llevaba una capa roja en el circo, nunca negra, para que siguiesen todos mis movimientos».

Sydney tomó otro periódico y lo desplegó.

—Este es aún mejor —dijo—. «Es casi lo más terrorífico que ver en pantalla hasta la fecha, 1923».

—¿Ese no es en el que mencionan la nueva película de Chaney? —preguntó Max, lo que provocó que Sydney le mirara con el ceño fruncido.

—Puede digan algo al final, pero nadie lee hasta ahí —respondió.

Max se inclinó hacia mí y susurró:

—Dice que Chaney estrenará su película más espectacular hasta ahora. Universal se va a gastar casi un millón de dólares en decorados, en el vestuario y en cientos de extras.

Sydney, que tenía el oído de un murciélago cuando alguien hablaba sobre cine, intervino en la conversación:

—Cualquiera puede hacer una película con un millón de dólares, pero solo alguien con talento podría rodar una de calidad con mucho menos dinero. Dame mil dólares y eclipsaré a Wallace Worsley cuando quieras.

Max esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Debería decirle al estudio que vas a reducir tus honorarios? —preguntó.

—¡Nunca! —gritó Sydney, estremeciéndose de forma dramática—. Después de todo, tengo que pagarlos a todos.

Saludó con la mano a los actores y al equipo, que reían ante aquel diálogo. El gasto de Sydney en sets, vestuario y extras podía ser —y a menudo era— más desmesurado de lo que el estudio quería. Ellos fueron los que dos años atrás enviaron a Max para «echar un ojo a Sydney». Max hacía lo que podía para controlar los gastos, pero al final Sydney casi siempre se salía con la suya. El estudio pagaba porque las películas eran un éxito rotundo en taquilla, independientemente de que les gustasen. En 1923, Max era uno de nosotros, no un lacayo del estudio, e incluso había empezado a vestirse y hablar un poco como Sydney. Desde luego, compartían el gusto caro por el buen whisky, entre otras cosas.

Fred se acercó desde el jardín desprendiendo un ligero aroma a humo de pipa y aceite de motor. Se dejó caer en el suelo y apoyó la espalda contra el reposabrazos de mi silla para mirar de cerca mi boceto.

—Bonito vestido —dijo—. ¿Para qué papel es?

—Sydney está hablando de darle a Renee el papel de hipnotizadora que atrae a los hombres a la muerte. «La creadora de sueños», lo llama —respondí.

Aparté las rodillas para que Fred pudiera verlo mejor. Por comodidad, a todas las fiestas de Renee me llevaba los pantalones de pijama negros de seda y una túnica bordada. Odiaba tener que preocuparme por las ligas y las medias, y bajártelas y rasparte las rodillas era aún peor. Además, todo el mundo sabía que era medio china, y pensaban que era un conjunto heredado, pero no. La túnica me la había regalado Anna May Wong, a quien se la había dado un director o alguien que trataba de impresionarla. No lo consiguió. Era como si te dijeran que te tenía que gustar el *chop suey* solo por ser morena y tener los ojos oscuros. Nunca me había gustado el *chop suey*, principalmente porque todo en él sabía mal: era una mez-

cla de ingredientes estadounidenses que trataban de imitar la comida china. Sin embargo, me encantaba la túnica. No por su origen o por lo que representaba, sino por el precioso bordado de flores que comenzaba en el hombro y descendía por la espalda en forma de espiral. Cuando la llevaba, me sentía glamurosa, pero no como en Hollywood, sino como alguien que estaba al mismo tiempo dentro y fuera de la multitud de hombres trajeados y *flappers* ataviadas con vestidos de cuentas. Fred se burlaba de mí por llevar el mismo conjunto a todas las fiestas para no tener que pensar en la ropa, pero yo nunca dejaba de hacerlo.

Anna me había regalado la túnica a cambio de que le confeccionase un abrigo de terciopelo a medida con cuello de piel. Quería impresionar a un director y demostrarle que podía parecer una *flapper*, que no tenía por qué encarnar a una chica llamada Flor de Loto, pero no funcionó y la seleccionaron para ser Flor de Loto en su siguiente película. Es el problema de ser sinoestadounidense en Hollywood. Si estás frente a la cámara, te ven como un tipo de personaje concreto. Detrás, la cosa mejora un poco, incluso cuando tienes que esforzarte el doble para demostrar tu valía. Así que trabajaba mucho, haciendo bocetos de ideas para las películas que rodábamos y las que podríamos rodar en el futuro.

—¿Qué material utilizarás? —preguntó Fred, mirando mi cuaderno aquella noche.

Como nuestro cámara, siempre quería saber cómo se traduciría algo en una película en blanco y negro.

—Tengo algunos rollos de un lamé plateado que brillará bajo las luces.

—Mientras no refleje a Sydney agitando los brazos...

—No habrá más espejos, te lo prometo.

Nuestra última película iba sobre un circo encantado que Sydney conocía, pues en el pasado había sido maestro de ceremonias. Con regocijo, leyó sus propias citas del periódico:

—«Mi estancia en el circo me enseñó lo fascinantes y espantosas que pueden ser estas actuaciones, y cómo se puede enseñar a la audiencia a mirar hacia donde tiene que hacerlo. Es una combinación de magia malvada y rituales, ¡todo ello provocado por el olor del maquillaje teatral y el silbido del calíope!» —leyó—. Eso deberíamos haber hecho en el estreno, ¿sabéis? Ofrecer los aromas de una pista de circo. Serrín, cacahuetes...

—Estiércol de caballo... —murmuró Fred—. Por no hablar de los elefantes.

Como metraje adicional para la película, había filmado en varios circos pequeños. A menudo le acompañaba en busca de ideas para el vestuario y el maquillaje, y a ambos nos horrorizó que aquellas pobres criaturas maltratadas estuvieran encerradas en jaulas y en diminutos compartimentos de viaje.

En nuestra película circense —en cuyo set solo hubo un bonito caballo—, Renee hizo el papel de la artista encantadora y misteriosa que cabalgaba sobre aquel caballo blanco alrededor de la pista, hipnotizando a los desafortunados hombres del público. *Hipnotizar* era un término que Renee había comenzado a despreciar ese año, pero así eran los personajes escritos por Sydney: mujeres misteriosas que atraían a los hombres hacia la muerte. Y como ella solía decirme, era mejor que hacer de víctima llorona e ingenua.

El papel de artista de circo maldito resultó ser más difícil de lo normal. Renee odiaba los caballos, y se enfadó conmigo cuando descubrimos que los espejos de su traje reflejaban a Sydney dirigiendo tras las cámaras. Aquello arruinó casi todo un día de rodaje e implicó que tuviese que cabalgar aquel precioso pero enérgico caballo a la mañana siguiente. Embadurné todos los espejos con grasa antes de repetir la escena, y tuvimos que sufrir otro día más a Sydney criticando a gritos la postura de Renee sobre el caballo mientras, en todas las escenas, la estúpida criatura trotaba en vez de galopar, a pesar de haberlo hecho de forma cautivadora el día anterior. Aquello hizo que Renee rebotase más sobre él, y Sydney gritaba todavía más. Puede que incluso el domador, que juraba que Rex era un caballo magnífico y que debía salir en la película, llorase un poco. Fred mantuvo la calma y siguió grabando con la cámara, como siempre. Incluso rescató algo del rodaje anterior. Después le juré a Renee que no volvería a dejar que Sydney la montase a lomos de un caballo.

Todo el equipo agradeció perder de vista los caballos y los circos. Esperaba que nuestra siguiente película estuviera llena de escenas en fiestas sofisticadas, pues habíamos estado hablando de un filme que trataría sobre hipnotizadores, con una elaborada puesta en escena.

Fred apoyó la cabeza contra mi sillón; con un dedo rechoncho y lleno de cicatrices, recorrió las líneas del vestido de mi cuaderno de bocetos. Aquel hombre jugaba con motores y con cualquier cosa que zum-

base, así que sus manos exhibían las pruebas de su trabajo en una red de pequeñas cicatrices y cortes recientemente curados. Si giraba mis manos, podía ver cada callo, marca y huella que la elaboración de vestuario me había dejado sobre la piel. La gente siempre decía que cuando rodábamos una película no trabajábamos, que jugábamos, pero nuestras manos contaban una historia muy distinta.

—Si ajusto las luces, parecerá un fantasma plateado que emerge de entre las sombras. ¡Y ese tocado! —exclamó Fred, dando unos golpecitos sobre la página. Había dibujado un gorro ajustado con largas puntas plateadas que creaban una estructura con forma de estrella alrededor de la cabeza de Renee—. Es más refinado que cualquier modelito de la Quinta avenida. Buen trabajo, chinita.

Le aparté la mano antes de que emborronase mi dibujo.

—Nada de chinita. Soy una chica de Oakland.

Fred me sonrió.

—Hola, chica de Oakland. Yo soy un chico de Brooklyn. ¿Quieres bailar?

—Solo te gusto porque soy la única mujer de la sala más bajita que tú.

—Nah —respondió Fred—. Te adoro por eso y por tu forma de jugar sucio al cróquet. Y por cómo juegas al *gin rummy* los días de lluvia. Oh, y por tus trajes. Ese es único; a Sydney le encantará.

—¿Qué me encantará? —preguntó Sydney desde el otro lado de la sala.

Si mencionabas su nombre, siempre te oía.

—El nuevo traje de Jeany para la mesmerista.

—Oh, esa vieja idea gastada. No pienso hacerlo, es demasiado parecido a Caligari. Incluso aunque Renee sea la hipnotista.

—Bueno, yo feliz de no representar el papel de hipnotista, pero me encanta la idea de Jeany para el vestido plateado. ¿Podemos usarlo para la Máscara? —preguntó Renee.

—Claro, estoy seguro de que es lo que Camilla debería llevar la noche que llama al Extraño junto a la máscara de plata. —Sydney volvió a introducir la boquilla entre los labios y esperó a que todo el mundo volviera a reunirse junto a él. La multitud bajó la voz y se acercó. El jefe iba a hablar sobre su próximo trabajo, en el que todos esperaban participar—. Es mi mejor idea hasta la fecha.

—¿Quieres una máscara para este vestido? —pregunté. Me gustaba

crear máscaras; ya había fabricado un par para películas anteriores. Pensé en cómo podría aplicar ese material a la estructura—. ¿Cuánto rostro debería ocultar?

Sydney reflexionó antes de responder con voz de narrador:

—Veo a una mujer emergiendo de entre las sombras. Su cara está cubierta por una máscara de plata tan pulida que parece un espejo o mercurio líquido; una máscara que refleja nuestro mundo y lo distorsiona. Se detiene en el umbral, entre la luz y la oscuridad. El público está cada vez más indeciso. ¿Es una bella o una bestia lo que se esconde tras la máscara? Los espectadores se sentirán tan atraídos como asustados. Poco a poco, la máscara de reflejos de plata se vuelve transparente y revela el rostro de una hermosa mujer, nuestra preciosa Renee, pero entonces cambia y se convierte en una sofisticada y horrorosa criatura, una sirena extraña y conocida al mismo tiempo. Y el público sabrá que se trata de la cara de la verdad.

Garabateaba tan rápido como podía en las esquinas de mi cuaderno de bocetos. ¿Una máscara completa con las ranuras más simples para los ojos siguiendo la forma que quería Sydney? ¿Plata pulida para que fuera reflectante? Pero eso daría los mismos problemas que un espejo. ¿Y una pintura que imitase el metal pero que no reflejase? Con la luz adecuada, emitiría un brillo luminoso, como el vestido. Fred podría filmarlo, dejar de hacerlo para que Renee se quitase la máscara y reanudar el rodaje después. Habíamos realizado una disolvencia similar en nuestra penúltima película, en la que Sydney había convertido a Renee, un cadáver mustio y antiguo, en una hechicera que atraía al héroe hacia su destino final.

Al igual que yo, Fred daba vueltas mentales a la secuencia.

—¿Entonces la sirena será una segunda máscara o algo distinto? ¿Maquillaje, como lo que utilizará Chaney para su jorobado?

—Oh, será algo distinto. —Sydney esbozó una sonrisa—. Algo nunca antes visto.

Tanto Fred como yo suspiramos. Una frase así solía significar que Sydney no tenía claro lo que quería, y estaríamos haciendo una prueba tras otra de posibles combinaciones de trajes y maquillaje. Cuando tuvimos que conseguir que la bruja se convirtiese en una mujer lobo para vengar la muerte de su marido, Sydney estuvo días despotricando sobre la combinación de pieles, pelucas y maquillaje porque hacía que Renee tuviera un aspecto demasiado espantoso. Al final, acabamos proyectando

la sombra de un lobo en la pared con la ayuda de un miembro del equipo encargado de manipular una cabeza de marioneta que yo creé. Luego Fred filmó a Renee saliendo por la puerta y limpiándose la sangre de los labios con el pañuelo blanco del presunto asesino de su esposo.

—¿Entonces no vamos a rodar la historia de la hipnotista? Pero, Sydney, el estudio ya ha empezado a trabajar en los escenarios —dijo Max, y en su frente se dibujaron tres arrugas.

Puedes sacar al chico de la contabilidad, pero nunca podrás borrar al contable del chico. Fred decía que hasta sus pantalones de repuesto eran de Brooks Brothers, y yo le respondía que solo estaba celoso de que Max tuviese un traje que le quedase bien. Además, a las chicas les gustaban los chicos altos y delgados, a lo Harold Lloyd. Fred tendía a las chaquetas de *tweed* y los pantalones *canvas*, prendas que continuamente perdían su forma debido a los aparatos que guardaba en los bolsillos. Era un matón de Brooklyn que dejó la ciudad en cuanto pudo convencer al ejército para que lo acogiese en sus filas. Después de ser enviado a casa por invalidez tras perder un dedo del pie en Francia, se desvió a California. Al menos, esa era la historia de Fred. Todos teníamos pasados más fieles a lo que queríamos que la gente creyese que a la verdad.

—Llámalos por la mañana y diles que no me interesa su interpretación hortera de una casa embrujada. Os voy a llevar a todos a Arkham, Massachusetts. Rodaremos donde los puritanos aún pueblan las calles junto a las brujas y los fantasmas coloniales.

Aquello suscitó una avalancha de comentarios y preguntas. Sydney se sentó sonriendo como el gato de Cheshire en medio de todo aquello hasta que se hizo el silencio. En cuanto se ganó la atención de todos, comenzó a contarnos su última y mejor idea. Grabaría una película maravillosa, terrible y aterradora ambientada en una pequeña ciudad normal y corriente de Nueva Inglaterra de la que ninguno de nosotros había oído hablar.

—¿Y de qué tratará la historia? —preguntó Max.

—Ya os lo contaré, Max. Ahora dispón todos los detalles necesarios para el traslado —respondió Sydney, que podía volverse irritablemente pedante cuando sentía que eso le hacía parecer importante—. Jeany ya puede empezar a diseñar la máscara; es lo más importante. El resto podemos dejarlo para cuando llegemos a Arkham.

Asentí sin prestar mucha atención, pues se me había ocurrido una

idea. Dibujé un óvalo casi perfecto sobre el rostro que había esbozado y lo ahumé con el lápiz antes de extender la sombra por detrás de la mujer dibujada en aquella página, de manera que otro ser extraño apareció tras ella. Las espinas del tocado con forma de corona adoptaron una silueta más fluida y retorcida en aquella imagen sombría. Las puntas de las mangas caían como los tentáculos insólitamente delicados de una medusa, desvaneciéndose. Entonces dibujé al encapuchado a lo lejos, detrás de las dos figuras. Era la criatura más icónica de Sydney, un hombre vestido con una capa con capucha. Aquel personaje solo aparecía una vez por película y nunca repetía el mismo tipo de escena, encarnado por cualquiera que no estuviese en la secuencia. Además, el encapuchado nunca hacía nada. No hablaba ni interactuaba con otro personaje. Solo estaba ahí, observando. A menudo era tan sutil que muchos no se daban cuenta de su presencia, pero los críticos se habían aficionado a buscar esas apariciones y a especular con lo Sydney quería decir con ellas. Nadie lo sabía, ni siquiera nosotros. A Sydney le gustaba decir a los periodistas que lo revelaría todo más adelante, pero esa película aún no se había rodado, aunque Max hubiese sacado el tema a menudo desde que se unió a nuestra compañía. Al parecer, el estudio sentía que una película sobre el encapuchado sería el mayor éxito hasta la fecha. Sydney solía adoptar una actitud taimada durante esas discusiones y le decía a Max que calmase los ánimos del estudio durante un tiempo más. Pobre Max. Estaba atrapado entre dos jefes difíciles, muy diferentes entre sí: los directores del estudio, invisibles y desconocidos para el resto de nosotros y Sydney, la fuerza que nos impulsaba día a día.

—Ingenioso —dijo Fred mientras esbozaba las dos figuras detrás de la mujer enmascarada—. Podríamos crear la segunda figura tras ella retroiluminando una pantalla. ¿Tendría que moverse?

Miré mi dibujo.

—Creo que sí —respondí, mientras la idea que había surgido de las palabras de Sydney tomaba forma en mi cabeza. Una idea terrible y maravillosa, diferente a todo lo que habíamos hecho hasta entonces—. ¿Podemos hacer que la sombra salga de la pared y se la trague? Como si la tinta o la sangre oscureciese la máscara y revelase a la mujer que hay detrás de ella durante uno o dos segundos, antes de que ambos desaparezcan.

Fred asintió.

—Buena idea, chica de Oakland. La mitad del público se desmayará y la otra mitad dará un brinco en el asiento con un grito.

Por eso trabajábamos con Sydney, porque unas palabras bastaban para crear un ambiente que nos inspiraba a todos. Sabía que Fred tenía razón, que deberíamos entretejer las sombras y los reflejos en algo tan terrorífico como lo que Chaney pudiera crear con una joroba y una cojera. Sin embargo, la especialidad de este era el maquillaje grotesco. Nuestro horrible monstruo era hermoso, siempre de una forma escalofriante, como ese terror del que hablaba Sydney.

Añadí un par de líneas más a mi boceto y me detuve. Si me excedía, desaparecería entre aquel lío de trazos con carboncillo. La lección más importante que me había enseñado Sydney, el artista más ostentoso, era el control. La insinuación de una sombra proyectada por un hombre encapuchado, el más mínimo destello de un monstruo en el espejo, una pálida máscara de tinieblas plateadas..., era lo que aterrorizaría al público. Por qué deberíamos evocar temor era la pregunta que no me planteé aquella noche en la que Fred y yo permanecemos sentados mucho tiempo después de que el resto se fuera.

Al final, Renee se acercó a nuestra esquina.

—Vuelve a casa —le dijo a Fred.

Él vivía de alquiler en una casita lejana, en Santa Mónica, y le había pedido prestado el coche a un amigo para evitar que el cierre de los tranvías de Los Ángeles le dejara tirado a primera hora de la mañana. Con un quejido amigable, se puso en pie y cruzó las puertas del jardín, deambulando bajo el cielo gris y descolorido que precedía al amanecer. Me pregunté si dormiría en el coche o conduciría hasta casa, pues con Fred cualquiera de las dos opciones era posible.

—¿Ya has acabado? —me preguntó Renee—. ¿Puedes volver a casa?

—Solo tengo que subir un piso en ascensor —respondí, como si mi única hermana no lo supiera.

Claro que lo sabía, pero los demás solo eran conscientes de que vivía en ese edificio. Nuestra relación era un secreto guardado a buen recaudo de la prensa, de nuestros amigos y, sobre todo, del estudio en el que llevábamos trabajando los últimos cinco años. Aunque todo el mundo sabía que yo era una sinoestadounidense de Oakland, nadie conocía el verdadero origen de Renee. Si el estudio lo supiera, no sería la protagonista; y si Renee no fuera una estrella, quizás el resto de nosotros no

tendría trabajo. Así que, aunque éramos conscientes de que mentíamos, el resto no tenía muchas razones para plantearnos preguntas incómodas. Todo el mundo tenía entendido que Renee y yo siempre habíamos trabajado juntas en Hollywood y no ahondaba más en el tema.

Observé a Sydney, tirado sobre el diván de Renee, que seguía hojeando las revistas y los periódicos que había traído Max. En aquel momento de la noche ya había dejado de lado las críticas para leer sobre los triunfos y fracasos de los demás. Sabía cómo hacer que ese conocimiento se volviera a su favor. Podía quedarse despierto muchas horas después de que el resto nos hubiéramos desplomado, y solía hacerlo. Un extra contrariado conjeturó que Sydney no dormía, que solo descansaba en un ataúd como una de las criaturas de sus películas. No era cierto. Cuando dormía, Sydney lo hacía profundamente, y no en el apartamento de Renee, como algunos especulaban. Tenía su propia residencia en el piso superior y ella siempre le echaba antes de irse a dormir. A veces se excusaba diciendo que debía atender a alguien de la fiesta que había hecho venido de lejos o que había bebido demasiado. Entonces esa alma desafortunada (a menudo yo, si no tenía otro sacrificio para evitar los ronquidos de Sydney), dormía en su incómodo *chaise longue*.

—Esta noche preferiría dormir en mi cama —dije incorporándome en el sillón de cuero que había reclamado antes.

—Ven a comer —me respondió Renee—. Me gustaría hablar sobre este traje.

Señaló mi boceto, que Fred y yo habíamos dejado sobre la mesa mientras discutíamos posibles formas de engañar a los ojos del público para que viesen lo que no existía, ni podía hacerlo. Ella miró de reojo a Sydney.

—Él se habrá ido en unas horas y yo quiero dormir un poco, pero pediremos algo espléndido para comer, solo para nosotras.

Asentí. Cuando acababa una película, Renee solía retirarse con todo lujo de comodidades: daba propinas generosas y tenía una docena de restaurantes cercanos listos para repartir lo que le apeteciese comer en ese momento. Renee adoraba su fino teléfono candelabro y lo empuñaba como si fuera la varita mágica de un hada madrina para traernos regalos de las tiendas y restaurantes de Los Ángeles. Llamaba a aquello su «crisálida antes de la fase de mariposa».

Sydney se refería a ello como «escondarse», pero él hacía todo lo con-

trario. Después de acabar una película, conducía por toda la ciudad, incluso por la costa, hasta San Francisco, para hablar con la gente de todo y nada de lo que le interesase. Con Sydney, eso podía implicar visitar la última exhibición de vuelo o una extraña tienda de ocultismo escondida tras un callejón. El ocultismo era una obsesión particular que todos conocíamos, e incluso bromeábamos con que las incursiones de Sydney eran para investigar sobre terrores para su siguiente película. Las sesiones espiritistas no eran tan populares como hacía unos años, pero aún se organizaban bastantes por Hollywood. Sydney conocía todos los trucos, y le gustaba revelar los fraudes ante sus amigos. Nunca se dejaba engañar por las escrituras en pizarra, las fotografías de espíritus, las mesas giratorias o los golpes, pero coleccionaba extraños «custodios», como él llamaba a los objetos que tomaba de personas a las que no les gustaba decir de dónde provenían sus tesoros. Renee decía que estas obras eran «horribles» y se negaba a guardar ninguna en su apartamento.

—Muchas gracias —decía mientras daba una palmadita a la tapa de alguna que otra caja de las que Sydney le ofrecía como regalo—, pero me sigue pareciendo un amasijo de huesos y plumas de pájaro. Por favor, déjalo en tu apartamento.

—Pero mi querida musa —respondía él—, ¿y si los espíritus te apartan de mi lado demasiado pronto?

Para Sydney, los espíritus no eran los fantasmas de ancestros muertos, sino emisarios de un mundo que no podíamos ver más que por el raballo del ojo o en los reflejos de un espejo. En sus mejores guiones, los que escribía para las villanas de Renee, Sydney convertía las apariciones en «invasiones del Más Allá», donde los espíritus o las criaturas sobrenaturales atraían a los humanos, normalmente hombres, fuera de nuestro mundo tal y como lo conocemos, hacia un paisaje retorcido y apartado de él. Según Sydney, los custodios funcionaban como candados que mantenían cerradas las puertas que no debían abrirse. Cualquier cosa podía ser una puerta, incluso un espejo en la pared o el reflejo en una máscara de plata.

—Se trata de que proyecte el reflejo correcto en el momento adecuado —explicó Sydney aquella noche, discutiendo el guion con Renee y conmigo mientras nosotras nos esforzábamos por mantenernos despiertas—. El reflejo apropiado nos permite controlar la puerta y los espíritus que hay detrás de ella. El reflejo correcto en el momento y el lugar adecuados, mientras la máscara proteja a la sacerdotisa o a la musa.

—Pero tiene que ser una máscara de plata, reflectante —dije, pensando una vez más en los problemas que habían dado los espejos durante el rodaje de la última película.

—Oh, sí —respondió Sydney—, una máscara que proyecte su propio reflejo en el espejo.

Me estremecí sopesando todos los problemas que tendría Fred para grabar una escena así.

Renee bostezó y dio un golpecito a Sydney en el hombro.

—Ponte a trabajar en el guion y déjanos dormir. Si vamos a ir a algún lugar de la Costa Este, tendremos los días del viaje para resolver todo esto.

Esa noche, cuando llegué al dormitorio, la idea de la máscara de plata de Sydney me consumió. Incluso en la cama, seguí esbozando variaciones de mi idea original, siempre rodeadas por un círculo de espejos que proyectaba reflejos por todas partes hasta que aparecían infinitas copias. Bajo el brillo de la lámpara eléctrica, las imágenes de la página se convirtieron en un coro de rostros inexpresivos que me observaban con las cuencas vacías de una máscara de teatro. Estos imaginativos pensamientos se convirtieron en pesadillas y me levanté con dolor de cabeza sobre las páginas arrugadas de la libreta.

Durante la comida, Renee me describió sus pesadillas mientras yo me tomaba varias tazas de café solo.

—Todo comenzó cuando Sydney se fue —explicó—. No llevaría ni media hora durmiendo, pero la pesadilla pareció durar una eternidad.

—Anoche todos comimos y bebimos demasiado, y luego Sydney nos empezó a contar su última y horrorosa idea —dije.

—Estoy bastante segura de que tienes razón —respondió Renee, dando un sorbo a su café solo. Ambas solíamos preferir el café dulce mezclado con un montón de azúcar, pero aquella mañana lo único que nos serviría era el más amargo de los cafés—. Soñé que la película se proyectaba al revés: en vez de que la máscara se disolviese para revelar mi rostro, este se convertía en la máscara, una máscara de plata que lo reflejaba todo excepto a mí. Era como si me estuviese borrando.

Mis pesadillas sobre una Renee perdida y reflejada en un espejo me mostraban un laberinto de pasillos que conducían hacia las sombras. Tras ellas, alguien nos observaba. ¿Sydney? Parecía algo más antiguo,

más espantoso; pero aparté de mi mente el recuerdo de aquel sueño y convencí a Renee de la fuente de sus miedos:

—Estoy segura de que las ideas de Sydney sobre la máscara provocaron tu pesadilla.

—Sydney me llamó esta mañana para seguir hablando de Arkham —dijo Renee.

Me sentí aliviada porque la hubiese llamado por teléfono en vez de bajar y unirse a nuestro desayuno. Un Sydney entusiasmado planeando una nueva película era la peor compañía posible para una mañana con dolor de cabeza.

—No dejaba de hablar sobre cuánto tiempo hacía que no iba a Arkham, de lo seguro que estaba de que no había cambiado un ápice y de las ganas que tenía de volver a casa.

—Resulta difícil de imaginar —dije—. Sydney de niño, en una idílica y pequeña ciudad de Nueva Inglaterra.

Renee esbozó una sonrisa.

—Sí. Nunca he pensado en él como alguien distinto al Sydney Fitzmaurice que se pasea por el mundo vestido con pañuelos de seda y elegantes sombreros. ¿Crees que llevaría pantalones cortos y tendría las rodillas raspadas de caerse de la bicicleta?

Por alguna razón, aquella imagen hizo que nos partiéramos de risa. Limpiándose las lágrimas de alegría mientras decía algo sobre el efecto que tendría en su máscara, Renee juró que aquella sería su última película de terror durante un tiempo.

—Sydney es brillante —dijo—, pero tengo que encontrar un guion menos serio, un romance o una comedia, o acabaré encasillándome en los papeles asesinas ataviadas con sombreros imposibles. ¿Recuerdas lo que me dijo Sennett? Que tenía un don para la comedia.

—Eso fue porque quería confundirte en uno de sus estúpidos trajes de baño —respondí—. Y esos gorros son menos atractivos que cualquier sombrero de los que te he diseñado.

Ella se encogió de hombros.

—Mejor eso que otro papel de terror con un traje que pesa dos toneladas.

—Mis trajes nunca pesan más de una —repliqué, y ambas volvimos a reír.

Abandoné el apartamento de Renee mucho más animada. Tenía ra-

zón: las historias de miedo de Sydney estaban comenzando a convertirse en alucinaciones reales. Necesitábamos una película que no se colase en nuestras pesadillas.

Un viaje a Arkham, en verano, además. Para cuando volviésemos en julio o en agosto, si el rodaje se alargaba, podríamos buscar el proyecto perfecto para el otoño. El contrato de Renee era con el estudio, no con Sydney, y ellos siempre querían que trabajase con otros directores. Aquel verano, Fairbanks había empezado a rodar una película de fantasía sobre *Las mil y una noches*, pero a ella no le había gustado el guion y mucho menos el personaje de la chica que traicionaba al héroe por los enemigos. «Otra vez una espía pérfida no —había dicho—. No quiero que solo me conozcan por ser la mujer hermosa pero homicida». Me encantaba la idea de trabajar en una película así, con escenas de palacio y personajes de cuento. Lo discutí con Fred, quien había oído hablar de la alfombra mágica que estaban construyendo y me sugirió que fuese a United Artists con mis diseños de vestuario para ver qué había disponible. Además, para mí sería más fácil trabajar fuera de nuestro estudio, pues era menos posesivo con los vestuaristas que con sus pocas estrellas de renombre, como Renee y Sydney.

Hablando con Renee aquella mañana, le pregunté:

—¿Te importaría que hablase con otros estudios? Solo cuando no estés trabajando en una película.

Renee se sobresaltó un poco. Llevábamos juntas toda nuestra carrera en Hollywood, pero parecía que había llegado el momento de que nuestros caminos se separaran.

—Jeany —dijo, alargando el brazo sobre la mesa para cogerme la mano—, deberías hacer lo que te apeteciera. ¡Siempre y cuando me prometas que diseñarás todos mis sombreros cuando me den el papel principal en una película romántica!

—Todos tus sombreros y tus vestidos de fiesta —prometí.

Así que hice el equipaje para Arkham sin demasiadas preocupaciones. Aunque los bocetos de sombras y máscaras, aún desperdigados por la cama sin arreglar, hacían que mi mano temblase ligeramente al recogerlos, metí las hojas en el portafolios con gran determinación y até la cinta a su alrededor con doble nudo. Pensé que así podría contener los horrores engendrados por la descripción de Sydney de aquella máscara de plata.